

Maïté Allamand (*)

La ventana



AS faldas se llevarán más cortas, este año. Así las usan ya las mujerecitas más elegantes que pasan por la calle...

La enferma echó la cabeza sobre la almohada y cerró los ojos. Acezaba. La palidez le desfiguró el rostro, la angustia le torció la boca. Era el ataque.

La enferma N.º 2 que ocupaba la cama contigua y tejía, dejó de tejer. La enferma N.º 3 que leía, cerró la revista. La enferma N.º 4 que se limaba las uñas interrumpió su trabajo. La enferma N.º 5 que dormía, despertó. La enferma N.º 6... Las cinco enfermas de la pequeña sala de hospital suspendieron su actividad, silenciaron sus quejas o sus esperanzas. Todas las cu-

(*) Maïté Allamand es autora de algunos volúmenes de cuentos con auténtico sabor a campo. Posee una espontánea gracia de narradora que transmite al lector lo que sus ojos ven y lo que deleita a su sensibilidad.

Maïté Allamand tiene tres libros publicados: «Cosas de Campo» (1935), «Parras Viejas» (1936), y «Renovales», una fresca y deliciosa novela del sur, en 1946.—N. de la D.

riosidades se volvieron hacia la cama N.º 1, situada junto a la ventana.

Las antiguas ya estaban habituadas a presenciar el doloroso espectáculo. Una recién llegada se cubrió el rostro con la sábana para no ver.

Crecía la ansiedad; los segundos cuajaban minutos y el mal no cedía.

—¿Llamo?—preguntó la enferma N.º 2.

—Llame—dijeron las otras enfermas.

—Ya es tiempo...

—Ahora ya no se le pasa solo, como al principio...

La enferma N.º 2 buscó la perilla del timbre que colgaba de la pared, junto a su lecho.

Instantes después se entreabrió la puerta, asomó una cofia blanca y una voz inquirió:

—¿Qué pasa?

—El ataque de la uno, otra vez.

La puerta se cerró, y luego entraron dos enfermeras a la sala. Traían jeringas, frascos, compresas, algodones, todo muy bien dispuesto sobre un carrito de cristal. Se acercaron a la cama N.º 1. Actuaban en silencio, una por cada lado del lecho.

—Ya no tiene venas donde clavarla—pensaba la enfermera mientras hincaba la aguja, la retiraba, la volvía a hincar en el brazo amoratado, sin conseguir que enrojeciera el émbolo de la jeringa anunciando que la aguja ya estaba en la vena.

—Ya no tiene músculo, ni carne, ni nada bajo la piel—pensaba la otra enfermera, apretando entre sus dedos ágiles el muslo descarnado de la paciente.

—En uno de estos ataques va a quedarse, no más—decía con la mirada, una enfermera a la otra, mientras en silencio, con los ojos, su compañera le respondía:

—Y para lo que hace aquí, la pobre mujer, más le valiera morir así, súbitamente, y nada más...

Mientras las dos esperaban en silencio el efecto de los medicamentos los comentarios de las enfermas saltaban de una a otra cama, pesados de curiosidad y de maledicencia:

—Dicen que fué artista, muy nombrada en su tiempo...

—¿Bailarina?

—No, parece que cantaba...

—No es cierto, no es cierto...

—Fué rica, rica, ganaba dinero a manos llenas...

—Y así lo tiraría también, para venir a morir al hospital...

—Parece que es extranjera... Dicen que venía a nuestro país todos los años...

—Y después se quedó aquí porque entabló amistad con un caballero muy importante y muy rico...

—La adoraba, y ella vivía como una princesa en un palacio.

—Y claro, cuando envejeció, la dejaron, como es lo que sucede siempre...

—Quién sabe...

—A lo mejor son cuentos, y fué una mujer como cualquiera de nosotras, no más...

Se apagaban los comentarios, a medida que se desvanecía la rigidez en el rostro de la enferma N.º 1. Poco a poco volvían la normalidad y la vida a la pequeña sala de hospital. La enferma N.º 2 que observaba a su vecina con ojos ardientes, cogió sus palillos inmóviles. La enferma N.º 3 abrió su revista abandonada. La enferma N.º 4, la enferma N.º 5...

La enferma N.º 1 abrió los ojos e hizo un esfuerzo para incorporarse.

—Quieta, quietita—le dijo la enfermera, mientras le arreglaba la ropa y golpeaba la almohada.

La otra enfermera le tomó el pulso, anotó unas curvas con un lápiz rojo y azul, sobre el cartón que colgaba al pie de la cama y ambas se marcharon con todo su material, gruesas y almidonadas en equilibrio sobre sus zapatos blancos.

.....

—¡Ah! Si no fuera por esta ventana, aquí a mi lado, creo que ya me hubiera muerto... Porque voy a morir pronto, lo sé, lo siento... Yo quisiera alcanzar a conocer al bebé... sí, sí, ese que va a nacer allí, al frente, en el departamento del tercer piso, al otro lado de la calle... No quisiera irme de este mundo sin saber si va a ser hombre o mujer. Me interesan tanto esos misterios de la naturaleza. ¡Qué extraña es la gente, vista así, desde lejos, por la ventana! Los veo, pero no los oigo hablar. Los conozco, pero ignoro sus nombres. Es como el cine mudo. ¿Recuerdan Uds. esas artistas que hablaban con los ojos y que usaban los labios tan sólo para besar? Yo vi llegar estos recién casados con muebles, ropas, maletas y regalos, e instalarse en su departamento, felices y contentos como pájaros en su nido. Ella era linda, alegre, llevaba trajes vistosos, muy ceñidos al cuerpo. Cuando estaba sola en casa, bailaba frente a los grandes ventanales, y por las tardes, pasaba horas esperando a su marido, la frente afirmada en los cristales. Caminaba como en puntillas, sobre sus tacones tan altos. Ahora trajina todo el día con unas horribles alpargatas viejas, y lleva un especie de vestido, mitad saco, mitad delantal, ancho, feo, sobre su cuerpo deformado. Está ojerosa,

pálida, tiene el rostro tan desencajado como nosotras, las enfermas de una sala de hospital. . .

La mujer calló. Anochecía. La luz se iba por la ventana abierta. La oscuridad empezaba a redondear los ángulos de la sala blanca. Una enferma tosía, tosía, tosía. A la enferma N.º 2 le chisporroteaba el alma en los ojos afebrados. Entró una enfermera y con un golpe seco bajó la persiana. El crepúsculo fué aguillotinado sin compasión. La misma enfermera cerró la ventana y encendió la luz eléctrica. Las mujeres se estremecieron todas en sus lechos. Paradoja. Con esa luz blanca y difusa—tanta blancura para encubrir tanta obscura tragedia—empezaba la noche. Larga, interminable noche de la sala común. Noche súbita, noche sin crepúsculo, noche sin estrellas. Noche colectiva, indiscreta, sin piedad.

La enferma N.º 2 dormía muy poco, dormía muy mal. Durante sus prolongados insomnios ejercía una especie de vigilancia sobre sus compañeras de sala. Sabía distinguir el sueño natural, reparador, del sueño administrado y reglamentado por medio de una tableta o de una inyección. Sabía de los cuerpos helados de angustia a pesar de la fiebre, conocía los sollozos ahogados en la almohada, que saben a rebeldía antes de la derrota final.

—¿Duerme, vecina?—solía preguntarle la enferma N.º 1, cuando ya todo estaba silencioso y quieto. Ella también dormía muy poco, dormía muy mal.

—No, no duermo, todavía. . .

—¿Quiere, entonces, que le cuente?

Y la mujer hablaba, hablaba, con esa volubilidad ávida y escandalosa que movía sus labios al compás de un interno y extraño frenesí. . .

—Oiga, hijita, cuando Ud. salga de aquí—porque Ud es joven y puede sanar, mientras que yo voy camino de la sepultura—nunca diga que ha estado mucho tiempo en el hospital. ¿Cuánto llevamos aquí, ya? Yo voy a enterar los dos años, y Ud. se acerca a los 10 meses, si no me equivoco... No, nunca se queje, nunca diga que está enferma, o que va a estarlo, ni que lo estuvo... ¡Nunca jamás! A los hombres no les gustan las mujeres con olor a remedios ni obsesión de tratamientos, de vitaminas y de tónicos... ¡Ah! Yo conocí a uno... si Ud. lo hubiera visto! Y son todos iguales... Sonreír o morir, ese es nuestro destino, para agradarles, para no molestarlos y no excitar sus pálidos remordimientos. Y para morir, morir de súbito, rápidamente, con el fin de causarles verdadera sorpresa, y no arrastrarse de lecho a sillón durante meses, años... No, nunca diga que está enferma, cuando tenga novio, marido, amante. No se queje, no, no, pero si él estornuda dos veces en el mismo día, si tiene un sabañón en el dedo meñique, o si se cortó la mejilla afeitándose, entonces sí, dramatice, llore, desmátese, levante sus brazos en alto de pura desesperación. Busque kilos de algodón, metros de tela emplástica, docenas de aspirinas y calmantes de toda especie. A los hombres les gusta, así, que nos asustemos de verdad por cosas estúpidas y sin importancia, que ellos mismos saben completamente inofensivas y banales. Llore, si lo quiere, cuídelo noche y día, si lo quiere. Suspire de angustia, agonice por él, por su vida, por su gota de sangre, si lo quiere...

A veces una voz somnolienta e irritada salía por allí, de una cama cualquiera:

—Si no se calla voy a llamar a la nochera y acusarla, esto es el colmo...

Callaba la enferma N.º 1, y la enferma N.º 2 quedaba más sola en su desesperado insomnio, aislada por el silencio. Sola, más sola que ninguna otra de sus compañeras, porque ella no sabía quejarse, no podía hablar de lo que sentía, no tenía pasado interesante que exponer, no creía en un porvenir normal, y no tenía ventana junto al lecho para divisar el mundo de los libres y de los sanos, como la otra... Durante esas noches, la odiaba, a su habladora vecina, la odiaba con todo el ímpetu de su alma encadenada y sometida a la enfermedad. Su voz le causaba náuseas, escalofríos, sus palabras la herían, a pesar de lo cual, noche y día, estaba al acecho de todo cuanto le revelaban, y que no sabría, no sentiría nunca, de otra manera.

.....

Había noches tranquilas, en la sala blanca de hospital, las había agitadas, las había trágicas, las había serenas. A veces se asomaba la claridad de la luna a través de la persiana mal junta. Entonces la enferma N.º 1 hablaba, hablaba...

—Me gustaba la luz de la luna, a mí, cuando era muchacha, porque mi naturaleza me inclinaba a todo lo dulce y romántico. El claro de luna es un estado de ánimo generalizado, una ilusión compartida, un espejismo en delicioso plural. Claro de luna en el mar, claro de luna en el río. Claro de luna en la calle desnuda, en el parque solitario. Claro de luna y música, brisa y violines. Vestidos vaporosos y largos. Ritmo y amor. Hijita, cuando salga Ud. de aquí, no desperdicie la luz de la luna...

La niña escuchaba la voz de la vecina y su noche se volvía más densa de visiones perdidas, de rencores,

de amarguras. La otra, sí, esa mujer que moría lentamente en la cama N.º 1, ella había visto, vivido... amado, y seguía viviendo medio muerta, porque veía el mundo por la ventana abierta.

Amanecía, porque todas las noches tienen amanecer. Los ruidos despertaban, los trajines se despleaban por escalas y pasillos. La enfermera caminaba hacia la ventana y «taaaaaac», subía la persiana. Así empezaba un día, así terminaba una noche, y otros días y otras noches. Las enfermas morían, sanaban, se iban, permanecían. Rostros nuevos sobre almohadas blancas. Antiguos rostros sobre ropas ajadas. Y la enferma N.º 1 hablaba, hablaba, hablaba...

—Mal tiempo hoy, compañeras. Mal tiempo para los asmáticos, los cardíacos, los tuberculosos... Me duelen los pies, así como antes, cuando caminaba o bailaba mucho. ¿Dos años que no me pongo zapatos? Dos años... ¿Cuántos pares de zapatos hubiera yo gastado, torcido, estropeado, lustrado durante todo este tiempo, si no estuviera clavada en esta cama? ¿Quién habrá comprado, usado, lustrado esos zapatos que yo no compré y que me estaban destinados? ¡O ya no habrá zapatos para mí, nunca más, porque no he de ponérmelos jamás? Yo adoraba los zapatos... tenía, tuve tantos... De todas formas, de todos colores... Quizás llueva esta tarde... La proximidad de la lluvia me trae siempre recuerdos melancólicos. Veo nubes, muchas nubes, casi veo el viento que las empuja, las repliega, las escarmena, las hincha. Los árboles del parque están tristes y entumecidos. ¿Cuándo volverá el sol? Si parece que se ha marchado para siempre. ¿Qué harían sin él los niños, los enamorados, los vidrios de las ventanas y los ancianos con bastón? Yo quisiera saber donde se esconde la sombra, en los

días, en los meses sin sol. . . Sí, sí, la sombra, no la obscuridad de la noche, no, digo la sombra movible y caricaturesca del transeúnte apresurado, la sombra dentada que dibuja en el suelo el viejo techo de tejas, el encaje de sombra que el árbol extiende sobre sus raíces, alrededor de su tronco, en pleno verano, cuando en los huertos hay olor de abejas y canto de chicharras. . .

Y la mujer hablaba, hablaba, hablaba. . .

—Ya han pasado todos los que, pasando me indican la hora, la estación, el tiempo. Hoy veré pocas mamás, pocas niñeras con sus bebés en coche. Hace frío, hace húmedo. Yo no veré otro invierno por esta ventana. Lo miraré desde adentro de la tierra misma, siempre que me dejen los ojos abiertos. También lo veré desde arriba, porque allá arriba quiero ir. ¿Quién mirará por la ventana después que me saquen para la Morgue? Ah, si yo fuera una señora rica, de esas que buscan algo nuevo para invertir su dinero y sus horas vacías, y buscan también una puerta, fachada o pared en que perpetuar las sílabas estériles de sus nombres y apellidos. . . yo edificaría hospitales modernos, muy modernos, con una cama y una ventana para cada enfermo. . . La cama para el cuerpo, la ventana para los ojos y el alma. Y habría sol, siempre sol, árboles, vida, frente a esas ventanas abiertas. . .

Y hablaba, hablaba. . .

—Vecina, escuche, allá viene el hombre de todos los días. . . Sí, viene con ella, con la muchacha de todas las mañanas. . . Ella lleva un impermeable blanco, frágil, inmaculado, y gruesas botas negras que no consiguen estropear su silueta. El es mucho más alto que ella, es un hombre maduro. Por lo menos cuarenta y cinco. Y ella veinte años, a lo más. Ella lo contempla

con adoración, se cuelga de su brazo, se empina para acercar su rostro apasionado al rostro indiferente de él. Van, vienen, se sientan en ese banco, que diviso mejor durante el invierno, porque los árboles no tienen hojas. Ella se apreta contra él, como si tuviera frío, miedo, o pidiéndole defensa y protección. Él sonrío apenas, displicente, lejano, como si tanta juventud y tan puro amor lo dejaran perplejo. ¡Ah! Si ella supiera, pobrecita... si yo pudiera decirle lo que sé, para desengañarla, para liberarla de esa ficción que va a perderla. Si ella viera lo que yo veo, todas las tardes, cuando lentamente el parque se queda desierto de luz y de gentes... Entonces, él parece otro, pero es el mismo. Y la mujer que lo acompaña por la tarde, es la antítesis de la muchacha linda y enamorada de cada mañana. Vieja y pintada, oxigenada, vulgar y llamativa, camina envuelta en un temblor de carnes y de colgajos. Y él se deshace en atenciones, que ella recibe distraída. El habla, se agita, ruega enardecido. Discuten. Van, vienen. Llega la noche. Vuelve el día. Y pasan otra vez el don Juan marchito y la muchacha linda de cada mañana. Vea, vecina, ¡ay! si Ud. pudiera ver, también, todo lo que yo veo por la ventana...

.....

Fué una mala noche para todas las enfermas de la pequeña sala de hospital. La atmósfera estaba tensa de dolor y tragedia. Las que tosían, tosieron sin descanso. Las que se ahogaban, se ahogaron como nunca.

A la enferma N.º 2 le galopaba la sangre en las sienes, le hervía la fiebre en el pecho. Hacia la medianoche, las drogas y los calmantes repartieron algún alivio a las pacientes, pero a ella no le despejaron su

angustia y su delirio. Estaba despierta y creía dormir. Se dormía un instante y le parecía que despertaba. ¿Soñó que la llamaba su vecina, con su voz que precedía el ataque y la agonía, u oyendo, despierta, no quiso escuchar? Unas palabras deshechas en la oscuridad, unos suspiros muy abiertos, unas pausas muy largas de la respiración agitada e irregular, antes de la pausa final?... ¿Cómo saber si había oído realmente o todo era pura imaginación? Saber, saber... dormirse o despertar... Pero no ver más esa alucinante perilla de fuego, colgada en la pared junto a su cabecera, que huía, huía, se alejaba locamente por todos los espacios, mientras ella, toda entera, la muchacha de la cama N.º 2, la vecina de la pobre agonizante, que clamaba socorro, ella no era más que una mano enloquecida, gigantesca y microscópica a la vez, que volaba a través de la conciencia y del tiempo en pos de la siempre inalcanzable perilla de madera... Mansa y humilde perilla de madera, colgada de la pared, junto a la cabecera del catre...

—¿La había llamado, la mujer que hablaba todo el día, frente a la ventana? ¿Había tenido el ataque, otra vez, o todo había sido un sueño?—¿Oyó, y no quiso haber oído, quizás, para disfrutar ella también de la ventana, alguna vez?

.....

La enferma N.º 1 no despertó. La hallaron fría en su cama. Apagada la sorpresa del primer momento, hubo emoción en la sala, y hasta algunas lágrimas. Una sábana blanca borró para siempre el perfil de la muerta, afilado de eternidad. Se la llevaron. Se llevaron también su catre, su colchón, sus cosas. Se llevaron su

voz, sus manos, su cabello acabado de transpiración y de almohada. De la difunta sólo quedó un hueco, frente a la ventana, y en el suelo, un rectángulo de piso más brillante, como si recién encerado.

.....

Ahora sí que le tocaba a ella... Cambiar de sitio, cambiar de número, cambiar el horizonte siempre blanco y cerrado de la pared de la sala por la visión del mundo de los vivos y de los sanos, tan sólo limitado por el ancho marco de la ventana.

¡La ventana! Ninguna otra enferma podía disputarle el puesto de honor, que le correspondía por antigüedad, a ella, a la muchacha de la cama N.º 2. El sol y el cielo iban a ser para ella. La calle, para ella. Los transeúntes, para ella, con su historia y su existencia a cuestas...

Cuando las enfermeras empujaron la cama N.º 2 al sitio vacío de la cama N.º 1, la enferma miró, miró lo que tanto ansiaba ver, ver... Miró... y nada. Nada. Ni árboles, ni rincón de parque, ni cielo, ni banco. Ni trozo nevado de cordillera. Ni moderno edificio de departamentos, con vaporosas cortinas asomadas al viento. Ni calle con gentes. Ni bebés. Ni sol, ni sombra. Nada. Una muralla ciega y vertical. Nada. Un patio muerto y desnudo, abajo. Una chimenea triste, triste... tristemente enlutada, arriba. Y nada, nada más.